

GISBERT GRESHAKE

# **SER SACERDOTE HOY**

Teología, praxis pastoral y espiritualidad

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Constantino Ruiz-Garrido  
sobre el original alemán *Priester sein in dieser Zeit*

© Verlag Herder, Freiburg im Breisgau 2000  
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003  
C/ García Tejado 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel. (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1486-6  
Depósito legal: S.¿¿¿???  
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos  
Impreso en España / UE  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

## CONTENIDO

<i>Prólogo</i> .....	9
<b>I</b>	
El ministerio sacerdotal en crisis	
1. Fenómenos de crisis .....	19
2. Cambios históricos radicales en la comprensión del ministerio y en las relaciones entre el sacerdote y el laico .....	25
3. ¿Una nueva teología del ministerio? .....	43
<b>II</b>	
Rasgos fundamentales de una teología del ministerio sacerdotal	
4. La Iglesia: la idea original de Dios .....	63
5. Líneas y cuestiones fundamentales de carácter histórico .....	73
6. La significación teológica del ministerio como representación de Cristo .....	121
7. El ministerio como «representación» de la Iglesia. Sobre la fundamentación pneumatológico-ecclesial del ministerio .....	149
8. Excursus. Diversos problemas actuales del ministerio eclesial .....	181
<b>III</b>	
Ser sacerdote concretamente	
9. Plasmación personal de la forma de ministerio .....	243
10. El ministerio y las circunstancias socioculturales, o ¿adónde va la Iglesia?, ¿adónde va el ministerio? .....	255
11. Puntos esenciales de la pastoral sacerdotal .....	297

## IV

## La espiritualidad sacerdotal

12. Fundamentos .....	347
13. El sacerdote y los consejos evangélicos .....	369
14. «Abyssus abyssum invocat» .....	417
15. Elementos del estilo de la vida espiritual .....	443
A modo de epílogo .....	469
<i>Bibliografía</i> .....	475
<i>Índice de nombres</i> .....	495
<i>Índice general</i> .....	501

## PRÓLOGO

Cuando en el año 1981 publiqué por primera vez la obra *Priester sein* (cuya quinta edición se publicó ya en 1991 con notables complementos [y sobre esta edición se hizo la traducción española *Ser sacerdote*, Salamanca 41998]), lo hice basándome en los problemas que existían *entonces*: la comprensión existente hasta el momento se hallaba (y sigue hallándose) en profunda crisis por el desarrollo posconciliar en el seno de la Iglesia y por los cambios producidos en el entorno social. Esta crisis se podía (y se puede) expresar principalmente en dos aspectos:

El primer elemento de crisis, de carácter más bien *teológico* (pero que muestra importantes consecuencias prácticas), lo caracterizó por aquel entonces Peter Hünemann con las siguientes palabras:

En los textos del concilio Vaticano II y con más viveza aún en el debate teológico contemporáneo, se observan dos tipos de concepción del ministerio. *Por una parte*, se entiende el ministerio como una continuación de la misión de Jesucristo. El portador del ministerio representa a Jesucristo ante la comunidad. *En otra perspectiva*, el ministerio es un desarrollo del misterio de la Iglesia. El ministerio se entiende entonces como una manera en que la Iglesia se expresa y se presenta y en la que se transmite la fe de la Iglesia<sup>1</sup>.

En el periodo posconciliar, los dos «tipos» de comprensión del ministerio se enfrentan a menudo entre sí de manera irreconciliable. Sitúan al sacerdote, en cuanto a la comprensión de sí mismo y al ejercicio de su ministerio, ante la *alternativa*: entonces ¿soy sacerdote *de la Iglesia* o soy sacerdote *de Jesucristo*? ¿Consistirá mi ministerio en que, por medio de la ordenación, me fueron delegadas por la comunidad/la Iglesia determinadas tareas y funciones, o

1. P. Hünemann, *Mit dem Volk Gottes unterwegs. Eine geistliche Besinnung zur Theologie und Praxis des kirchlichen Amtes*: GuL 54 (1981) 179.

consistirá en que el Señor mismo (por medio de la ordenación) me ha llamado, encargado y capacitado para ser el mediador de su obra salvífica ante los demás cristianos?

El segundo elemento de crisis del ministerio sacerdotal, de carácter más bien *práctico* (pero de abundantes consecuencias teológicas), era (y es) el siguiente: el «redescubrimiento del laico», impulsado por el concilio Vaticano II, y de su vocación y misión, así como el realce de la fundamental dignidad e igualdad de todos los miembros de la Iglesia, estuvo asociado a continuación con el hecho de que, a causa de la disminución del número de sacerdotes, hubiera que encargar necesariamente a laicos realizar servicios pastorales y eclesiales. Muchas actividades que antes habían estado reservadas para el sacerdote fueron y siguen siendo practicadas cada vez más por laicos (encargados de realizar actividades pastorales o relacionadas con la vida de la comunidad). Pero con ello se plantea forzosamente la cuestión: ¿Qué es, entonces, lo que «sigue siendo» peculiar y propio del ministerio sacerdotal? ¿Será suprema y finalmente la sola «potestad» para la consagración en la celebración eucarística y para impartir la absolución en la confesión, que así y todo se va practicando cada vez con menor frecuencia? ¿Lo será, por tanto, el sacerdote en cuanto «portador sacramental de la potestad»? ¿Corresponderá esto a la tradición de la fe de la Iglesia? ¿Y será suficiente para dar al ministerio sacerdotal una identidad y fisonomía propias?

Mi obra *Ser sacerdote* trató de dar una respuesta a estos dos elementos de la crisis. Aunque esta respuesta pudiera seguir siendo válida hoy día, sin embargo la situación se ha agudizado entretanto no sólo con respecto a los dos conjuntos ya mencionados de problemas, sino que se ha añadido o ha llegado de nuevo a la conciencia toda una multitud de cuestiones por resolver, más aún, de «heridas» abiertas.

La situación se ha agravado, porque la estructura sacramental de la Iglesia está sufriendo cada vez más una crisis. No es raro que algunas comunidades estén dirigidas por laicos. Hace mucho tiempo que en algunas regiones es cosa corriente que los cultos dominicales sean celebrados por laicos; una serie de sacramentos y sacramentales son administrados (¡legítimamente!) por laicos. Pero el desarrollo sigue adelante. Y así, en algunos lugares la unción de

los enfermos, a pesar de las protestas de los obispos, es administrada por laicos; la misa es concelebrada por laicos (con o junto al sacerdote), y no sólo, ni mucho menos, «a puerta cerrada»<sup>2</sup>. Y la predicación realizada por laicos, en alternancia y buena armonía con el sacerdote competente, es algo que hoy día no se experimenta ya como un problema.

En el inicio de este desarrollo no se encuentra necesariamente un acto de «usurpación» por parte de los laicos, sino que la falta de sacerdotes ordenados «provocó» precisamente una más extensa dedicación y una ampliada competencia de los laicos. Pero con ello se iniciaba de hecho un proceso que fue desvaneciendo y reprimiendo cada vez más la conciencia de la estructura sacramental de los actos eclesiales fundamentales (sobre esto hablaremos más tarde) y especialmente la conciencia del ministerio ordenado. Tanto más que, con el creciente acercamiento de las confesiones cristianas, ese proceso podía sentirse confirmado por la práctica de las comunidades evangélicas hermanas. Ahora bien, en vista de este desarrollo que se ha producido de hecho, ¿qué significa todavía el ministerio sacerdotal de carácter sacramental?

Además de esta situación, que se ha hecho más aguda y que sigue agudizándose, han surgido durante estos últimos años otros problemas y constelaciones de problemas.

Un ejemplo: ¿Cómo es posible que un sacerdote, sin arruinar su salud física, psíquica y espiritual, sea párroco de multitud de pa-

2. Señalemos simplemente a este respecto que una serie de teólogas laicas de Suiza «amenazaron» de manera totalmente pública, en Pentecostés del año 1999, con celebrar ellas mismas la eucaristía, en el caso de que no se permitiera hasta entonces la ordenación de mujeres. Es verdad que esta amenaza fue retirada más tarde, pero el simple hecho de que fuera posible formularla muestra hasta dónde hemos llegado entretanto. L. Karrer, *Die Stunde der Laien*, Freiburg i.Br. 1999, 294, escribe a propósito de este tipo de problemas: hay tendencias a «celebrar los sacramentos incluso sin encargo expreso o sin ordenación por parte de la Iglesia. La riqueza sacramental de la Iglesia podría desaparecer enteramente y sufrir perjuicios. Los sacramentos podrían morir al ser instrumentalizados en favor de procesos de emancipación». Sin embargo, es comprensible por otro lado que haya laicos que, en vista de la negativa a seguir ampliándose las condiciones del marco institucional, «recurran a la autoayuda [...]» (*ibid.*). A esta autoayuda exhortaba Herbert Haag expresamente en enero del año 2000. Y en un artículo de J. Gerber-Zeder, *Laientheolog(inn)en: Ein kirchliches Amt ohne sakramentale Beauftragung*: Schweizer. Kirchenzeitung 12 (1996) 186-191, basado en una encuesta realizada en Suiza entre teólogos y teólogas, se dice a modo de síntesis: «El 57% de todos los teólogos y teólogas laicos sobrepasan, al menos en ocasiones, las barreras que se les fijan en el ámbito sacramental» (p. 186).

rruquias, como está sucediendo cada vez más, dada la creciente escasez de sacerdotes? En relación con esto, viene adquiriendo también nueva urgencia el problema acerca de las condiciones para la admisión al ministerio ordenado, por cuanto no sólo se pregunta si habrá que prescindir de la *obligación* del celibato, abriendo así más ampliamente la puerta para el acceso al ministerio, sino que además, habida cuenta de la evolución social que tiende al reconocimiento de la igualdad de derechos de la mujer, y en virtud de los resultados a que ha llegado la teología feminista, ¿no se podría o no «se debería» precisamente admitir también mujeres a la ordenación sacerdotal?

Sigue sin estar claro cuál es el lugar teológico del diácono. E igualmente problemática, en vista de diversos procesos nada agradables en relación con los nombramientos de obispos, es la cuestión acerca de los elementos esenciales del ministerio rector de la Iglesia, es decir, del ministerio episcopal (trataremos de ambos problemas, aunque sólo sea en forma de *excursus*).

Sin embargo, en todos estos problemas no debe pasarnos inadvertido el hecho de que todos ellos están enmarcados dentro de un problema mucho más apremiante: ¿*Adónde va la Iglesia en nuestros países (occidentales e industrializados)*? ¿Qué significa la vertiginosa disminución de miembros de la Iglesia, la reducida participación en los actos de culto divino, el menor grado de conocimientos religiosos y el menor carácter religioso de las personas, la reducida transmisión de la fe en el seno de las familias? ¿Que significa para el futuro de la fe la decadencia de la fisonomía social que hasta ahora había tenido la Iglesia, y la pérdida de su poder e influencia social? Poco antes de su muerte decía Johannes Bours, conocido director espiritual de Münster, echando una mirada retrospectiva a sus cincuenta años de vida sacerdotal:

Si se me pregunta qué problema es el que más me ha impresionado y preocupado durante los cincuenta años, entonces responderé: ese problema no fue para mí la época del nazismo ni la guerra, sino precisamente la rápida y casi total demolición de la fe durante los veinte años pasados. Experimentamos que se ha hecho pedazos y ha finalizado una fisonomía de la Iglesia, y sospechamos que esa fisonomía de la Iglesia ha de hacerse pedazos, porque, a los ojos de las sociedades pluralistas..., no tiene que ser más que un subsistema de dicha sociedad, un fenómeno marginal del ornato religioso de las grandes épocas de la vida.

Será difícil formularlo más acertadamente, y volveremos sobre ello con detenimiento. Ahora bien, lo importante aquí es lo siguiente: si –como es probable– la fisonomía social de la Iglesia y sus relaciones con la sociedad se hallan en un cambio radical y básico, entonces la *fisonomía* del ministerio y la *índole* de su actividad pastoral tendrán también que cambiar radical y básicamente. Pero ¿hacia dónde?, ¿en qué dirección?, ¿qué cambios habrá que emprender ya ahora? ¡Sí! El ejercicio del ministerio y el estilo de vida del sacerdote no sólo *tendrán que cambiarse en el futuro*, sino que *ya ahora* habrán de situarse ante los interrogantes críticos que proceden, desde luego, de la sagrada Escritura, pero también de la sociedad.

El 27 de noviembre de 1998 el conocido ensayista Johannes Gross escribía en la revista FAZ la ingeniosa y acertada observación acerca del clero católico:

Son hombres que están exentos de cumplir el servicio militar, que no deben tener relaciones con el otro sexo, que con su segura existencia de funcionarios están protegidos contra una carga excesiva de trabajo cotidiano, y que no tienen ni idea de lo que es ejercer una actividad civil. Esos hombres están llamados a aconsejar y asistir a sus semejantes en los momentos difíciles de la vida y en las necesidades del alma. Hay que saberlo entender.

¿Cómo se puede vivir como presbítero sin enfrentarse con un tipo de crítica tan hiriente, aunque acaso no totalmente injustificada?

La nueva versión de la obra *Ser sacerdote*, que se publica ahora con el título de *Ser sacerdote hoy*, querría adoptar una postura ante los problemas planteados. Aunque aquí y ahora no puedan encontrarse ya respuestas convincentes para todo, se indicarán al menos *orientaciones* para la solución, y en algunos puntos acertarán también en el blanco. Al mismo tiempo soy muy consciente de que, así como en su tiempo la obra *Ser sacerdote* suscitó más bien reacciones críticas (como era de esperar) por parte del «ala izquierda», así también la obra en su forma actual va a suscitar objeciones e incluso contradicciones por parte de los del «ala derecha». No podía ser de otro modo. En muchas cuestiones hay que adoptar decisiones fundamentales, que no deben eludirse al precio de llegar a soluciones de avenencia.

En todo caso, la finalidad de la obra, en medio del enredo de tantas cuestiones, problemas y aporías, consiste en proyectar los perfiles de una imagen del sacerdote que corresponda tanto a la sagrada Escritura y a la tradición eclesial, como a la situación presente y al estado actual de las investigaciones eclesiológicas, y que en grado no menor –así lo espero, al menos– sirva de orientación para los sacerdotes y para aquellos que reflexionan acerca de una posible vocación al ministerio eclesial.

Ahora bien, la cuestión acerca del ministerio sacerdotal dista mucho de ser un problema puramente teórico, y se orienta no sólo hacia la fisonomía de la vida del sacerdote, a su condición precisamente de *ser* sacerdote, sino también hacia la índole de su ministerio pastoral y hacia la realización específica de su vida y de su fe. En una palabra, se orienta hacia lo que hoy día se denomina, en términos globales, «espiritualidad». Pero, inversamente, la espiritualidad sacerdotal presupone la orientación hacia la esencia y la fisonomía básica del ministerio eclesial, tal como se nos presenta en la Escritura y en la tradición y se concreta por medio de los «signos de los tiempos». En efecto, nadie empieza desde cero a ser sacerdote; nadie se crea, él mismo, su profesión; todos y cada uno son llamados a una forma de ministerio y de vida que ya viene previamente dada. Por eso, así como el ministerio tiene como base una forma espiritual de vida que le corresponde, vemos que de modo inverso la existencia y la espiritualidad sacerdotales tienen que corresponder también a la forma del ministerio previamente dada. Por tanto, la cuestión acerca de ser sacerdote sólo podrá tratarse en la estricta correspondencia entre la teoría y la práctica. Aunque en las primeras partes de la presente obra predomine más bien lo teológico y teórico, y en las partes tercera y cuarta sea más bien lo práctico y espiritual lo que predomine, sin embargo me he esforzado en que ambos aspectos se engranen mutuamente. En todo caso, este entrelazamiento es uno de los objetivos específicos que me ha guiado en la composición de esta obra, así como en la obra precedente, acerca del ser sacerdote.

En lo que respecta a la relación exacta entre ambas publicaciones, diremos que más de la mitad de la presente obra ha sido escrita completamente de nuevo, ampliando así la antigua principalmente en aquellos temas que no se abordaban en absoluto en ella. Los menores cambios (aunque sí notables ampliaciones, profundi-

zaciones y modificaciones) los han experimentado los capítulos sobre la teología del ministerio y sobre la espiritualidad sacerdotal. Todo lo demás ha sido redactado completamente de nuevo, enfocándose la obra hacia los mencionados problemas de actualidad.

#### *Indicaciones para la lectura*

La obra está concebida de tal manera que puedan entresacarse también para la lectura algunas partes aisladas. Numerosas referencias cruzadas revelan la conexión. Pero también aquel que por principio quiera leer la obra entera, podrá hacerlo siguiendo un procedimiento abreviado. Así, por ejemplo, el que no esté interesado en detalles y (eventualmente) en sutilezas teológicas, propias de especialistas, podrá saltarse toda la primera parte. De igual modo, los pasajes sangrados e impresos en letra menor, los *excursus* y las numerosas notas no son absolutamente necesarios para seguir la marcha del pensamiento, aunque a veces contengan, en parte, abundante material para la obtención de ulteriores informaciones. En las notas se hizo distinción entre aquellas que proporcionan únicamente pruebas o breves referencias (y que por tanto, en una lectura sencilla, no tienen por qué consultarse necesariamente), y las notas que tienen también interés por su contenido. Estas últimas se señalan en el texto mediante el procedimiento de subrayar el número de llamada de la correspondiente nota al pie de página.

#### *Agradecimientos y dedicatorias*

La presente obra está dedicada primeramente al catedrático universitario Dr. Günter Virt, de Viena, especialista en teología moral, amigo fiel y compañero leal a través de los desiertos del mundo y consultor espiritual durante muchos años. Se la dedico especialmente con motivo de su 60º cumpleaños.

Además, hago extensiva mi dedicación a los hermanos con quienes viví o sigo viviendo en una intensa *vita communis* desde el año 1989, alternándonos en las labores de la parroquia de Friburgo-Kappel. Son Stefan Emonds, Josef Freitag, Manfred Scheuer, Joachim Koffler, Toni Leichtfried y Gerhard Reitzinger (a los tres

últimos les agradezco también muy cordialmente su interés en ayudarme en la lectura y corrección del manuscrito). En compañía de ellos aprendí *que* el «compartir la vida» conduce precisamente, y *de qué modo*, a una gozosa y lograda vida sacerdotal. A ellos y también a todos los lectores de esta obra, desearía citarles las hermosas palabras de san Agustín, que constituyen en cierto modo el lema de nuestra *vita communis*, y que podrán servir también de lema a muchos futuros sacerdotes que abracen esta forma de vida:

Conversar, reír, · servirnos mutuamente con agrado, · chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía; · discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, · y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; · enseñarnos mutuamente alguna cosa, · suspirar por los ausentes con pena · y recibir a los que llegaban con alegría. · Con estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos gratísimos, · se derretían, como con otros tantos incentivos, nuestras almas y de muchas se hacía una sola (*Confesiones*, traducción de A. C. Vega, Madrid <sup>8</sup>1991, IV, 8.13).

Mi agradecimiento se dirige finalmente a la grata colaboración con el Dr. Peter Suchla de la editorial Herder.

Friburgo-Viena, Pentecostés del año 2000  
*Gisbert Greshake*